FL 33 216

Aula de Filología está dedicada hoy a latín vulgar. Este espacio consta de dos partes bien diferenciadas. En primer lugar, la profesora titular de latín vulgar en la Facultad de Filología de la UNED, María José López de Ayala, y Matilde Conde Salazar, colaboradora científica en el CSIF, hablan del concepto y la evolución de latín vulgar.

En la segunda parte del espacio, la profesora María José López de Ayala hace un comentario y unas observaciones sobre la asignatura que conviene tener en cuenta a todos los alumnos matriculados en latín vulgar. Pero vamos a dar paso ya a la profesora María José López de Ayala. El guión de la asignatura de latín vulgar que se emite en el curso 93-94 va a tener dos partes.

En la primera contamos con la presencia de la doctora Conde Salazar, especialista en este tema, quien durante algunos años desempeñó su tarea docente en nuestro departamento e incluso tuvo a su cargo esta materia. A ella le queremos hacer una serie de preguntas que ayuden a los alumnos matriculados en esta asignatura a situarse en el concepto, estudiosos de la misma, realidad de esta lengua y huellas en los textos. Buenas tardes y esperamos un coloquio sobre esta asignatura.

Lo primero que le queremos preguntar es, ¿qué nos diría usted qué es el latín vulgar? Bueno, el latín vulgar es un concepto tan discutido y problemático que un latinista de la talla de Hoffman llegó a considerarlo un concepto fantasma. Ya en el siglo XV, Dante, en el de Vulgar y Elocuentia, apuntaba la idea de que junto al latín literario existía un latín hablado por las capas más bajas, del cual se andrían después las lenguas Los verdaderos descubridores del latín vulgar fueron los propios autores latinos, aunque éstos aluden más a los rasgos estilísticos que a los lingüísticos. Cicerón habla de un vulgarisermo, de un plebeius sermo y de cotidiana huerva.

Y también Quintiliano distingue entre urbanitas y rustiquitas, es decir, entre el habla de Roma y la de los alrededores. Estos distintos conceptos aparecen en los siglos XV y XVI. Así, Stephanus se refiere a un sermo quotidianus.

Ahora bien, el latín vulgar no se consideró un cuerpo de doctrina lo suficientemente importante como para aparecer junto al latín literario de las gramáticas hasta el siglo XIX, cuando los romanistas comenzaron a elaborar las gramáticas históricas. Éstos se dieron cuenta de que los fenómenos lingüísticos comunes a un número importante de estas gramáticas se engastaban con fenómenos latinos que apenas aparecían o bien estaban ausentes de los textos clásicos, pero que habían empezado a difundirse en autores literarios de finales del imperio. Los romanistas vinieron a identificar el latín vulgar con el latín tardío.

Para ellos era el conjunto de usos no clásicos que iniciaron su aparición en la época imperial, es decir, lo que algunos han llamado el prerromance. Los filólogos latinos advirtieron que muchos

de esos usos y rasgos se vislumbraban o se daban en todas las épocas del latín y, como consecuencia, se abre un nuevo camino con la intención de descubrir a base del mayor número de datos la lengua hablada latina. Ante esto, el latín vulgar no es ya el latín tardío, sino el conjunto de usos no clásicos que existieron al lado de la lengua literaria desde época arcaica, no como una lengua distinta del latín clásico, sino como manifestaciones distintas de una misma lengua.

Pero los usos no clásicos no se encuentran en la lengua literaria hasta fines del imperio, cuando los escritores, dentro del progresivo desmoronamiento de la cultura y civilización romanas, van a pasar de sus esfuerzos tornándose poco elegantes. Una vez que hemos visto un poco el plan general de lo que sería el latín vulgar, le seguimos preguntando, ¿quiénes son los estudiosos de esta manifestación lingüística? Bueno, pues entre los estudiosos de esta materia citaremos a Meyer Littke, Sujar o Noll, para quien el estudio del latín vulgar ha de ser ante todo un estudio histórico y arqueológico en el que los hechos reales apoyen los resultados obtenidos a través del estudio comparativo de las lenguas romances. En pocas palabras, no se debe deducir el latín vulgar de las lenguas que del deriven, sino la inversa.

Elegir arbitrariamente las fuentes directas y dedicarse a especulaciones teóricas y a reconstrucciones es cerrarse al progreso de la ciencia y renunciar al conocimiento del latín vulgar. Ha ayudado a este eclecticismo la aparición en la mitad del siglo XX de una concepción nueva de la naturaleza de la lengua hablada que dio lugar a nuevas tendencias y métodos, la dialectología y la geografía lingüística. En el primer congreso de la Federación Internacional de las Asociaciones de Estudios Clásicos en París en 1951, Christine Borman planteó la cuestión metodológica y se mostró partidaria de la urbanización de ambos métodos, el comparativo y el histórico, basándose en las palabras de Meillet que recomendaba el método comparativo, pero se daba cuenta de que las posibilidades de la reconstrucción eran limitadas y de que la comparación aporta únicamente un sistema de aproximaciones y no una lengua real.

Los filólogos latinos pretenden encontrar una lengua real y viva. Entonces, teniendo en cuenta que se intenta buscar una lengua real y viva, ¿cuál sería la realidad de esta lengua? La realidad hace ser consciente de las dificultades que hay que salvar para poder entresacar de los textos los rasgos populares que han sufrido la presión de las formas lingüísticas tradicionales propagadas por la escuela, pero ello no impide afirmar que nada justifica una actitud pasiva ante los textos, ni da derecho a resignarse a una pretendida imposibilidad de arrancar de los textos los elementos del latín corriente y cotidiano. El finlandés Veikko Vaananen, autor del manual de latín vulgar más utilizado por los estudiantes españoles de esta disciplina, afirma, en última instancia, es la gramática comparada de los idiomas románicos la que revela las principales transformaciones sufridas por el latín hablado.

Un poco más adelante, dice también, pero no olvidemos que para esta evolución no deja de proporcionarnos señales luminosas los textos mismos. Más adelante, también, las formas obtenidas por reconstrucción, mientras no tengas el apoyo de un testimonio, no tienen más que un valor de hipótesis. Asimismo, continúa, es demasiado cómodo pero poco científico

poner a cuenta del latín vulgar todo fenómeno románico que no se sabe explicar de otra manera.

Por fin, no se puede pretender, dice asimismo Vaananen, reconstruir todo el latín vulgar por el método comparativo. Hay que contar con fenómenos populares que, por una u otra razón, no han sobrevivido a las lenguas románicas y que pueden encontrarse recogidos sólo en testimonios epigráficos. Encontramos todas estas citas en la introducción al latín vulgar en las páginas 47 y 48.

Entre nuestros estudiosos, el profesor Ángel Pariente se expresaba así en el V Congreso Español de Estudios Clásicos. Pero los resultados de las lenguas romances nos dan indicaciones bastante seguras sobre la forma que las palabras tuvieron en la lengua viva del pueblo en los últimos siglos del imperio. Y por otra parte, la pronunciación está muchas veces confirmada por las grafías de las inscripciones de las épocas más diversas y por los testimonios de los gramáticos latinos.

Y a partir de la conjunción de estos elementos se puede llegar a un conocimiento, sin duda hipotético pero bastante aproximado, de las características principales del latín vulgar. De cualquier forma, todavía hoy los títulos de los Tres Bajos reflejan la oposición metodológica que ha enfrentado a latinistas y romanistas. Citamos a Campanil, Ferguson, Acquati, Díaz y Díaz, Carnois, etc.

Las investigaciones sobre esta materia han tenido en gran parte un carácter tradicional pero también se han aplicado a ella los nuevos hallazgos lingüísticos. Romanistas americanos como Traeger y Hall han combinado el método comparativo con un análisis sincrónico de cada fase de las lenguas. Una conjunción del método diacrónico y comparativo con el sincrónico y descriptivo ha sido defendida por Wartburg.

Ya en los últimos años han ido apareciendo estudios de fonología del vocalismo y consonantismo vulgares, Hall, Allard, Koyorak o los trabajos de Martinet. Casi todos los trabajos tienen un enfoque diacrónico dado que el latín vulgar no es, creemos, sino una disciplina histórica. Su característica más importante tal vez sea la diacronía.

Es una lengua viva en constante evolución que la estabilidad del latín literario y escrito no han ocultado, que se divide por un lado en períodos históricos y por otro diastrática y diatópicamente en variantes socioculturales y regionales. Sólo es posible pues juzgar el latín vulgar en sus dimensiones históricas, geográficas y socioculturales. Recogemos de la de Niculescu.

El latín vulgar no es una lengua en sí, es una variedad estilística y sociocultural, dialectal interna de la misma lengua latina. Y Meillet a su vez escribe. El término latín vulgar no expresa en ningún momento ni en ningún lugar un estado único definible con alguna precisión.

Solamente se puede entrever un conjunto de tendencias realizadas en grados diversos según la

condición y la educación de los sujetos hablantes, según los tiempos y según los lugares. La cita es de Historia de la lengua, página 155. Todo ello permite adivinar que no es posible concebir el latín vulgar de una manera demasiado simple y de ningún modo de una manera única.

Parece más bien que hay que pensar en una continuidad entre latín arcaico y latín vulgar. Recuérdese, según lo dicho al principio de la exposición, que muchos romanistas con la expresión latín vulgar se refieren al latín de los últimos tiempos, al inmediatamente anterior a las lenguas romances, frente a los filólogos latinos que suelen hablar de un latín coetáneo de Cicerón e incluso de Plauto y Terencio. Pues recogiendo estos tres últimos nombres, especialmente Plauto y Terencio, queremos preguntarle también que nos indique algunos textos de latín vulgar, además de los que normalmente manejan los alumnos, que sería el itinerario de Egeria y la obra Appendix Probit, de la cual también se recoge algo en los cuadernillos, y también el satiricón de Petronio.

Bueno, pues algunos géneros literarios sí pueden ser considerados fuentes del latín vulgar, así como hemos dicho la comedia de Plauto y Terencio, la novela con Apuleyo y Petronio, las sátiras y los epigramas de Lucilio. Un grado más avanzado de vulgarismo lo ofrece el conjunto de autores y géneros que constituyen el conjunto de lo que se puede denominar literatura secundaria, así los autores del velum africum y del velum hispanense o la literatura epistolar. En esta serie siguen las fuentes técnicas, obras sin intención literaria, así los tratados de arquitectura de Vitruvio, Frontino, etcétera, los libros de medicina y farmacia de Antimo, Marcelo Empírico o Celso, los de veterinaria como la Mulomediquina Quironis y Vegecio, los tratados de agrimensura inspirados o traducidos de autores griegos o los de artesanía industrial como las cuestiones luquenses sobre los metales.

Los autores cristianos conforman una rica fuente del latín vulgar, sobre todo los itineraria, fundamentalmente el de Egeria y las traducciones bíblicas. También los grandes escritores cristianos San Agustín, San Ambrosio, Tertuliano, etcétera, olvidan a veces la rigidez de la lengua literaria. La vulgarización de estos autores se debe a distintos motivos.

De una parte intentan evitar los términos que encierran connotaciones de la vida relajada de los paganos y lo sustituyen por otros nuevos, lavari por baptizare, amare por diligere, pero además estos autores buscan un estilo de fácil comprensión. En este sentido San Agustín escribía Meliuses ut repreendent nos grammatici quan non intelligam populi, en Narraciones Insalmos 138-200. Fuente importante de rasgos vulgares son las inscripciones, especialmente las de Finictionum tabellae, tablillas de execración, y los grafitos de Pompeya.

Finalmente, entre las fuentes directas, los textos de los gramáticos se presentan como un documento de primera fila. Entre este tipo de testimonios destaca el Appendix Provi y los glosarios. El primero es un filón para el conocimiento del latín vulgar, ya que cataloga y corrige 227 palabras y fórmulas tenidas por incorrectas.

Por esto se le suele dar a los alumnos como muy importante. Pero junto a estas fuentes directas hay testimonios que aportan indirectamente información sobre el latín vulgar, ya sea

la métrica, el latín medieval o las lenguas romances. La métrica permite descubrir determinadas evoluciones fonéticas, como la pérdida de la M final o la desfonologización de la cantidad y la fonologización del timbre en época tardía.

El latín medieval es testimonio vulgar en la medida en que a él afluyen algunos usos vulgares del romance, aunque se trata en realidad de un latín literario, donde los doctos medievales respetaban las reglas del latín clásico de acuerdo con sus conocimientos gramaticales. Y por último las lenguas románicas, español, italiano, francés, etcétera, continuadoras del latín no literario y cuya comparación revela en muchos casos la forma latina de la que proceden. Y si las lenguas romances provienen todas del latín vulgar, ¿cuándo y por qué se separan? Estas dos cuestiones, muy relacionadas entre sí, configuran uno de los grandes problemas que presenta esta disciplina y en la que los estudiosos se dividen básicamente en dos tendencias, los defensores de la tesis unitaria y los de la tesis diferencial.

Ambas tesis, en opinión de Van Anen, no son irreconciliables, ya que sus divergencias residen más bien en la formulación y en la manera de abordar el problema. La tesis diferencial es la predominante hoy, sobre todo entre los romanistas, tesis favorecida por los datos aportados por la dialectología y la geografía lingüística. Parece claro, sin embargo, que la solución está en la conjunción de ambas tendencias, en adoptar una postura ecléctica.

En cuanto a la fecha exacta en que la fragmentación se hace más marcada, es muy difícil establecer un momento concreto. Hay partidarios de un final más temprano, como Lot y otros, como Meillet, prefieren defender una fecha más tardía de fragmentación. Tobar, Norberg o Lofted consideran que se produjo de forma más o menos unitaria después del 600 y antes del 800.

Por último, considerando que el latín vulgar presenta diferencias diatópicas, diastráticas y diacrónicas, pero también es un conjunto de hechos fonéticos, morfológicos, sintácticos y léxicos comunes, es posible concebir una gramática de esta disciplina y estudiar su fonética, morfología, sintaxis, léxico y semántica. El profesor Van Anen afirma que la multitud de variantes locales apenas afectaron la esencia de la lengua, es decir, que a pesar de todas las diferencias, el latín vulgar tuvo un núcleo unitario muy fuerte hasta el siglo V, como lo demuestra Germán. Hay que tener en cuenta que muchas de las diferencias que se aprecian entre las distintas provincias del imperio romano responden a estadios más o menos avanzados de unas evoluciones idénticas.

Le agradecemos mucho su intervención y esperamos que esto haya sido un enmarque favorable para el aprendizaje de esta materia. A partir de este momento podemos presentar la otra cara de la reflexión, o lo que llamamos el comentario, es decir, el conocimiento diacrónico desde los textos de las alteraciones que la lengua vulgar latina ha sufrido en su devenir hacia las lenguas románicas. Estas alteraciones de tipo fonético, morfológico, sintáctico y léxico han de ser estudiadas no sólo descriptivamente, sino que deben intentar buscar todas las causas lingüísticas y extralingüísticas que las han motivado, así como las repercusiones que todo

cambio ha tenido en el resto del sistema.

El estudio del latín vulgar pretende ante todo conocer cómo era la lengua de los hablantes del imperio romano en todas las variantes diacrónicas, diatópicas y diastráticas, y averiguar qué razones motivaron tal diversidad. Esto nos sitúa ante una parte muy importante de la prueba presencial, el comentario. Este debe ser realizado con seriedad científica, explicando en una palabra él los fenómenos que puede presentar.

Esto exige una buena lectura del texto para fijar cualquiera de las variantes que pueden aparecer. Presentando el esquema general de la materia, nos fijaremos en la fonética, ciencia que estudia los sonidos y su evolución histórica. Hasta el siglo XVIII no se empezó a hablar de sonidos y letras, sin embargo, un pueblo como el latino reflejó ya en la escritura de manera muy aceptable el sistema fónico de su lengua.

El primer indicio de la distinción entre consonantes y vocales lo encontramos en Eurípides, luego en Platón y finalmente Aristóteles en su poética lleva a cabo un análisis de los sonidos del griego. Los dos filósofos hacen una fonética acústica, ya que es acústicamente como definen los sonidos. Pues bien, tal es el alfabeto que heredan los romanos, quienes en realidad pueden considerarse como transmisores del hallazgo griego, ya que calcaron su alfabeto introduciendo muy pocas variaciones, a saber, la supresión de alguna letra o el cambio del valor de las ya existentes.

Es en el siglo XVIII cuando existe una verdadera separación entre sonido y letra. Es el momento en que nace la gramática comparada y comienza a utilizarse la fonética como ayuda para establecer las comparaciones que hasta entonces se llevaban a cabo fundamentalmente en el plano morfológico. En el siglo XIX la fonética se convierte en una ciencia con entidad y autonomía propia.

La llegada del siglo XX supuso un cambio radical en los estudios lingüísticos con Saussure y otros. Tal cambio afectó especialmente a la fonética. Pues bien, al estudiar la fonética del latín vulgar no nos interesan tanto los estudios sincrónicos cuanto el explicar desde el punto de vista de la fonética histórica y de la fonología diacrónica los cambios fonéticos que han conducido al sistema latino hasta los sistemas romances, recurriendo, siempre que sea necesario, a las explicaciones aportadas por otros métodos o disciplinas, a las teorías del sustrato, astrato o superestrato, por ejemplo, aunque con sumo cuidado.

En este lento pasar del latín al romance el sistema latino se alteró por completo. El vocalismo sufrió transformaciones fundamentales. Se desfonologizó la cantidad vocálica al tiempo que el acento adquiría un valor fonológico.

Las vocales entonces van a evolucionar de acuerdo con otros aspectos fonéticos, ya sea la abertura o cierre o su posición en la palabra respecto del acento. Por otro lado, aparecerá de nuevo el antiguo proceso de monoptongación de los diptongos y las vocales resultantes soportarán la misma evolución que las viejas. Sería interesante entrar en la antigua discusión

sobre la naturaleza del acento latino.

¿Fue éste siempre melódico o no? ¿Intensivo o no? Lo que sí está claro es que el acento latino procede de un acento melódico, el del indoeuropeo, y desemboca en un acento intensivo, el del romance. Y es también evidente que el latín vulgar permite ver la estrecha vinculación existente entre acento y cantidad. Hay que sobrepasar los límites de la fonética y también los de la lingüística para encontrar, si es posible, todos los factores que en conjunto determinan la evolución de los sonidos y de las lenguas.

Bien, es verdad que la fonología diacrónica no pretende explicar todo por referencia a la estructura de la lengua, pues tiene en cuenta que una misma lengua puede funcionar de distinta manera según las regiones en las que se hable o las clases sociales que la utilizan. Los cambios y reajustes que en su marcha hacia el romance sufrió el sistema consonántico latino son aún más complicadas para la fonología. Es fácil señalar con cierta precisión cuándo comenzaron las primeras alteraciones fonéticas de las consonantes, pero es imposible saber cuál fue el sistema fonológico del latín vulgar y en qué momento sustituyó al clásico.

Y esto por una razón, porque las distintas modificaciones tuvieron una historia muy diferente. Unos fenómenos se consolidaron en época temprana y alcanzaron a toda la Romania. Otros, sin embargo, no llegaron a cuajar hasta el periodo romance.

Por tanto, desde el punto de vista fonológico, no podemos apreciar hacia qué sistema tendía el latín vulgar. Dos fonemas, las semivocales U y I, van a detentar el protagonismo de la evolución del consonantismo latino, sobre todo el segundo. Otro fenómeno importante es la palatalización.

Como consecuencia de esta serie de fenómenos, el sistema consonántico latino va a desembocar en los sistemas fonológicos romances y, de esta manera, la división en dos grupos que ofrecía el indoeuropeo y el latín se va a reestructurar en tres. En indoeuropeo encontramos oclusivas no aspiradas, oclusivas aspiradas en latín, oclusivas fricativas en romance, oclusivas fricativas palatal y silbante. Es decir, las lenguas románicas van a ver enriquecidos sus sistemas consonánticos con nuevos fonemas.

A estos cambios hay que añadir otros no menos importantes sufridos por las oclusivas y fricativas, que modificaron su realización según su posición en el decurso. Las sordas oclusivas ya no van a aparecer en posición intervocálica, porque en ese contexto van a convertirse en sonoras. Estas, por su parte, tenderán a relajarse, se fricativizarán e incluso desaparecerán.

La tendencia a la sonorización de sordas, fenómeno que es característico del románico occidental, se inició en el periodo latino. Otros fenómenos serían la simplificación de geminadas, la fricativización de sonoras, etc. Estas evoluciones fonéticas nos conducen a una reflexión semejante a la que hacíamos al tratar las vocales.

La fonología diacrónica supone un avance importante en los estudios fonéticos del latín vulgar.

El estudio de la morfología, término que etimológicamente significa tratado de la forma, adquiere, al lado de la fonética, un enorme desarrollo en el siglo XIX con el comparativismo y la lingüística histórica. En general, los lingüistas se centran fundamentalmente en la fonética y en la morfología.

La morfología no debe estudiarse como una ciencia autónoma, sino considerando que tiene estrechas relaciones con la sintaxis. Si hacemos historia de los estudios sintácticos, estrechamente relacionados con los estudios gramaticales, nos daremos cuenta de la variedad de divisiones que los gramáticos ofrecen a lo largo de la historia, consecuencia inevitable de la dificultad para establecer límites entre sus partes, especialmente entre la morfología y la sintaxis. En la antigüedad, la sintaxis era, en realidad, la filología.

En el siglo XIX, la sintaxis pierde interés para los estudiosos, ocupados exclusivamente en la morfología y la fonética. A medida que se profundiza en los estudios gramaticales y lingüísticos, la separación entre morfología y sintaxis se va haciendo más difícil. Ante la diversidad de posturas nos parece más adecuado y cómodo para el estudioso del latín vulgar no establecer una división entre morfología y sintaxis, sino examinar conjuntamente las alteraciones formales y funcionales, ya que entre unas y otras existe una estrecha relación.

En los manuales clásicos del latín vulgar hay disparidad de criterios. Nosotros nos inclinamos por la descripción conjunta de los cambios morfológicos y sintácticos que han sufrido los sustantivos, pronombres, verbos, etc. El estudio de la morfosintaxis vulgar nos sitúa ante la cuestión de si un cambio lingüístico ha de explicarse como el resultado de la interacción de distintos factores o como el resultado de la acción de un solo factor que excluye a los demás.

Del mismo modo que las palabras han sufrido cambios, también la frase ha sido objeto de transformaciones que han tenido causas internas, pero también se deben a factores extralingüísticos. Las alteraciones más importantes de la sintaxis latina se han producido en una época de enorme inestabilidad política, social y cultural, lo que permite relacionar el carácter del cambio y la rapidez de su difusión con determinadas particularidades de la sociedad que hace uso de esa lengua. Además, la necesidad de expresividad es otra de las causas de la evolución sintáctica de la frase y de las palabras.

No tenemos aquí finalmente espacio para hacer una amplia exposición sobre la semántica ni para hacer un recorrido histórico de los estudios semánticos o lexicológicos. Ahora bien, es evidente que entre los cambios que el latín ha sufrido hasta la fragmentación de las lenguas romances, es el vocabulario el que se modifica notablemente. Por otra parte, es donde se manifiesta con mayor claridad la renovación de una lengua.

En el estudio del léxico del latín vulgar nos encontramos con la dificultad de que los textos conservados no permiten ver más que una pequeña parte del fondo léxico popular. Por ello, en este caso, debemos conformarnos con rellenar este hueco mediante los datos aportados por las investigaciones comparativas y por las realizadas por la geografía lingüística románica. Conclusión.

Hemos querido, con esta exposición, plantear una metodología para realizar una parte de la asignatura, el comentario, que recoge prácticamente la teoría aprendida. Conviene, ante esta materia teórica, fijarse muy bien en los ejemplos que se aportan en las unidades y completarlo, si se puede, con el texto de Bahanane, quien a partir de la página 309 recoge una serie de textos para comentar. También es bueno fijarse en el índice de palabras recogidas en la misma obra y atreverse a ir contestando a cada una de ellas.

Con fecha 27 de diciembre puse en correo una carta dirigida a todos los alumnos matriculados este curso en esta asignatura, así como a los profesores tutores de la misma. Por si alguien no la hubiera recibido, doy lectura a la misma. El contenido fue elaborado a partir de la reunión que se celebró con los profesores tutores en noviembre de 1993.

La finalidad de esta comunicación era centrarles en el contenido de la primera prueba presencial. Esta constará de 1. Traducción de un texto. Este irá precedido de un contexto del marque.

En febrero, itinerario de Geria. En septiembre, itinerario de Geria o satiricón de Petronio a elegir 1. Calificación 5 puntos. 2. Se señalarán varias palabras para hacer un comentario.

Calificación 3 puntos. 3. Se ofertarán dos preguntas de carácter general de las que el alumno elegirá una. Calificación 2 puntos.

4. Se tendrá en cuenta la nota de los cuadernillos de evaluación que ustedes remitirán a los profesores tutores en sus centros asociados. En caso de no existir profesor tutor, lo remitirán a la sede central. 5. Es importante que en el examen cuiden la traducción no sólo sintácticamente, sino en lo que se refiere al estilo.

El comentario es también un apartado muy importante en esta materia y a él deben dedicar especial atención. Finalmente, concluimos esta exposición diciéndoles que si necesitan alguna orientación pueden encontrarme en el despacho las mañanas de los martes, miércoles y viernes. El teléfono 3986803 o 3986811.

Si no estuviera localizable pueden dejar sus señas o teléfono que serán lo más rápidamente posible atendidos. Bien, con las últimas recomendaciones de María José López de Ayala, profesora titular de latín vulgar en la Facultad de Filología de la UNED, ponemos fin a nuestro espacio. Agradecemos desde aquí la presencia de la profesora María José López de Ayala, así como la participación de Matilde Conde Salazar, colaboradora científica en el CSIC, que estuvo con nosotros como invitada en este programa.

Por nuestra parte, nada más, solamente agradecer la atención que nos han prestado. En el tiempo de la UNED, corresponde ahora el turno a Revista de Geografía e Historia.